

## La conjura contra Carrillo

Conjura o conjuración: concierto o acuerdo hecho contra el estado, el príncipe u otra autoridad.

Conjurar: 1. Sigarse con otro, mediante juramento, para algún fin. 2. Conspirar, uniéndose muchas personas o cosas contra uno, para hacerle daño o perderle. 3. Juramentar. 4. Decir el que tiene potestad para ello los exorcismos dispuestos por la Iglesia. 5. Rogar encarecidamente, pedir con instancia y con alguna especie de autoridad una cosa. 6. Impedir, evitar, alejar un daño o peligro.

Conjuro: 1. Acción y efecto de conjurar. 2. Imprecación hecha con palabras, invocaciones supersticiosas, con lo cual cree el vulgo que hacen sus falsos prodigios los que se dicen mágicos y hechiceros. 3. Ruego encarecido.

Imprecación: Acción y efecto de imprecar.

Imprecar: Proferir palabras con que se pida o manifieste desear vivamente que alguien reciba mal o daño.

## Ramón Carrillo

### Una guerra inédita

Vivimos una conjuración contra Carrillo, otro intento, otra movilización contra aquellos que están representados por Carrillo, contra aquello que él representa,

Los conjurados están escudados en la especulación fantasmal del libre mercado, de la libertad de competencia y por eso el enemigo al que hay que conjurar es Carrillo.

Es de temer la presencia de una nueva metamorfosis carrilleana, pseudo-carrilleanos, criptocarrilleanos que aparecen como dispuestos a encarar el relevo y presentarse como las nuevas formas del maestro. Tienen la ventaja que hoy expresan el discurso dominante.

En ese discurso, su forma adquiere cánticos maníacos, con tonos jubilosos que vienen a expresar ciertamente que Carrillo ha muerto, la salud pública está muerta; aunque se reconoce en parte el fantasma posible de Carrillo, su discurso, sus teorías y lo que es más patético, sus prácticas han muerto...

Entonces que viva el mercado, la libre elección, el pago por acto médico, la libertad de afiliación, la libre prescripción,... que viva el capitalismo con su liberalismo económico de eficacia y excelencia ideal...

El discurso dominante reconoce al menos tres espacios o dispositivos ligados a nuestra cultura.

En primer término la cultura de los medios, de la información, de las comunicaciones, de las interpretaciones. Allí reina la "conspiración del silencio" para Carrillo. A ese silencio se refiere la expresión "Carrillo ha muerto", sin saber que Carrillo es uno de los pocos pensadores de nuestro siglo sanitario que siguió seriamente la unidad, la indisociabilidad originaria de la técnica y del lenguaje, de la ciencia y del discurso, es decir de la tele-técnica, ya que todo discurso es una tele-técnica. Ese es el espíritu combatiente de Carrillo, todavía expresándose en su vida y concepción científica-sanitaria y en su lenguaje específico y transformador.

En segundo término esta la cultura política, aquella que se expresa con los discursos, textos, opiniones de los gobiernos de los gobiernos, de los partidos políticos, es decir en el habla o la retórica de la clase política.

En este caso allí se expresa más que en ningún otro lado el trayecto cómplice de la conspiración del silencio...

Y en último término, está la cultura académica, o el campo de los eruditos, médicos, profesionales de la salud, historiadores, sociólogos, politólogos, antropólogos, filósofos. Ellos han sustituido el discurso académico sobre Carrillo, por una versión comercial, sólidamente unida a los complejos y sobredeterminados lenguajes y textos que el mercado ha impreso para señalar su destino de triunfo.

Las tres culturas ignoran hoy a Carrillo porque son claramente tributarias del poder tecno-mediático que sirve para condicionar y poner en peligro toda expresión nacional y popular de la salud. Este poder no puede ser combatido sin tener en cuenta la celeridad de aparición del simulacro, la imagen sintética, el acontecimiento virtual, el ciberespacio que se apoderan de la realidad necesaria desplegando potencialidades increíbles.

Se puede pensar si Carrillo ofrece posibilidades teóricas e históricas para tratar estas apariciones de simulacros, fragmentaciones, presencias virtuales, expresiones ciberespaciales; si Carrillo o sus herederos son capaces de enfrentar estos fenómenos.

La respuesta es que sí es posible; debe asumirse la herencia del carrillismo; lo más actual, vivo de él; de aquello que Carrillo no ha dejado de ofrecer como exigencia real de la liberación sanitaria, de la cuestión de la vida, del espíritu nacional de nuestro esfuerzo. Hay que reafirmar esta herencia transformándola tan radicalmente como sea necesario, pero recordando que debe ser fiel a eso que resuena en el discurso y la verdad de Carrillo, en un espíritu de su inyunción, como la gesta a Derrida, es decir en su imposición final, en su espíritu de justicia social y de acuerdo con el concepto transformador de la herencia, que no puede ser limitada a algo ya otorgado, entregado, sino a una labor un trabajo de memoria y creación.

En términos filosóficos, entonces, ser herederos de Carrillo, es ser, heredar, se trata de lo que hay que ser, ser o no ser, como expresa el poeta; es decir cumplir con cuestiones de herencia pero ejercer esa herencia en las prácticas que la conserven y la acrecienten. Es decir testimoniarlo, tal como lo decía Holderlin al referirse al lenguaje, el más "peligroso de los bienes" porque con ello, ese bien dado al ser, le sirve para testimoniar aquello heredado, lo que se es para sumarlo y transformarlo.

Su estructura general de la tesis para esta conjura anticarrilleana pasa además, por el simulacro de la excelencia. Se trata de los dos elementos que conforman el cuerpo esencial del evangelio librecambista, de la libertad de los mercados de la salud, que se unen para configurar a esta democracia liberal, mercantilizada y fragmentada que se sirve de las grandes simulaciones para asegurar su progreso. Y lo hacen y harán, en un mundo que cada día muestra más certeramente su desarticulación. Estamos transitando también salud un campo desencajado, fuera de quicio, con objetivos precisos. Su teleología se mide en los beneficios y rentabilidades de aquello que como el capital sabe a donde se dirige. No tiene que ver precisamente con las condiciones conceptuales y finales del sector salud y menos con el credo o evangelio carrilleano, enmarcado en la irresponsabilidad irrestricta del estado en la solidaridad y la justicia social.

El liberalismo sanitario debe su presencia y hasta frescura, al esfuerzo para ocultar que jamás su triunfo ha sido tan frágil, comprometido y hasta impiadoso, por el sentido y los resultados de dolo y frustración que desarrolla. Basta con mirar las estadísticas de morbimortalidad; la desesperación de multitudes desprotegidas que hoy no cuentan con ese respaldo último del viejo y también caduco hospital, ni con la facilidad esperada de la piedad y el consuelo del casi derruido y limitado dispensario, centro de salud, o de la escuálida pero existente salita del barrio.

El esfuerzo consiste desde la simulación de eficacia y calidad prestacional, en ocultar el principio, el espíritu carrilleano, de su crítica como visión ontológica profunda que siempre se extendió hacia la comprensión certera de la sociedad, único horizonte posible para certificar la conceptualización epistemológica de la historia social en el campo de la salud y garantizar la esperanza extendible hacia la fraternal solidaridad entre los argentinos del trabajo y la creación.

Y aún en esa simulación sinecdocal de la eficacia y la excelencia, se observa la incongruencia de tal simulacro, con la esencia posmoderna que parece dictarla. En esta doctrina sanitario-liberal que anuncia el final de la historia y la muerte del gran relato, entonces tanto de la conceptualización de Carrillo, como la caída definitiva del muro de todas las ideologías, aún la de la justicia social. La doctrina liberal del mercado sanitario, imprime detrás de sus normas, decretos y agrupaciones de instrumentos sinecdocales para el ejercicio de las prácticas médicas una concepción pertinente para sus injunciones, sus imposiciones, directivas, órdenes, orientaciones que instruyen hacia “el debe hacerse”, “es preciso realizar...”, es decir una plena invocación del porvenir que la propia doctrina expresa desconocer, limitar o anular.

Si hay porvenir debe haber historia por lo cual este mensaje también muestra su imprecisión, su indeterminación y tiene necesariamente que dejar la puerta abierta para la historia que debe venir. Ese es el triunfo de Carrillo que se sobrepone al silencio, a las diatribas y a su utilización clandestina, a la invocación de su nombre para jurar por él en vano.

Frente al final de la historia, a la caída de toda ideología, frente al triunfo momentáneo de la simulación y el tropismo sinecdocal nos enfrentamos con otra verdad, con el fantasma o espectro persistente del Carrillo que transformado, allí en el mismo sitio, en el mismo límite, o marco donde se debe acabar la historia, allí donde concluye hipotéticamente la historia de los pueblos suplantada por la banalidad del mercado, aquí justamente comienza otra historicidad de la historia, otro empuje de la nueva promesa que porta el mensaje constante de Carrillo.

De esta manera, lejos de tener que abandonar todo deseo liberador, toda perspectiva emancipatoria, debe pensarse obstinadamente en esta praxis revolucionaria más que nunca, porque aquello que “debe realizarse”, que espera de nuestra práctica es indestructible y define, ordena, construye otro concepto de lo político. Se trata de la conceptualización que entiende esta politización como el enfrentamiento decidido del desequilibrio, inequidad y también injusticia, de las relaciones sociales.

Estamos otra vez en el discurso y la práctica de Ramón Carrillo, tal como lo requiere el siglo XXI, en la utilización de sus palabras maestras como enunciado del nombre de la verdad. Ellas siguen ordenando el sentido de nuestro combate, la validez del discurso necesario. Allí están, Justicia, Medicina Social, Derecho, Estado, Revolución, Pueblo, Clases Sociales... listas para reconocernos como componentes del mismo “mundo”, de la misma “razón” de la misma “historia”. Aun en la verdad como conflicto. O precisamente con la diversidad de los nombres

de las verdades contrarias... A esas que como eficacia, excelencia, calidad como simulacros, han sido expulsadas del discurso verdadero de Carrillo y por eso del pueblo que lo (ilegible)...!

Las Palabras Maestras a la manera de Jean Claude Milner, o literariamente en la forma de Williams James, estas las de Ramón Carrillo han sido expresión certera de la ruptura epistemológica con el pasado liberal e idealista del sanitarismo transcurrido y un verdadero límite, en tanto Carrillo ligó sus palabras al hecho de los nuevos conceptos, a una nueva epistemología del concepto de salud.

Tal como lo prescribía Regnault, en el curso de la filosofía para científicos en la Escuela Normal Superior de París en 1968, la ruptura epistemológica de Carrillo es un verdadero punto de no retorno a partir del cual comienza otra ciencia, esta que resiste y triunfa en última instancia, a la ideología de la libertad de mercados en el campo de la salud. A esta parafernalia de discursos que viene dictando el Banco Mundial para nuestro territorio sanitario. Un sitio que Carrillo construye para el descubrimiento de nuevos sitios.

Carrillo rompió con las evidencias pragmáticas y especulativas del "movimiento natural", del liberalismo sanitario, y hace aparecer a estos discursos de la "eficacia, calidad y excelencia" como aquellas "ilusiones" que señaló Galileo apenas comprendió la ley de la caída de los cuerpos.

La ruptura epistemológica de Carrillo es ruptura y como tal suspensiva, es decir abre el camino para su propia reestructuración pero ya ha provocado en "no retorno" del punto idealista, liberal, colonial del campo de la salud.